

Hablar y conversar

por Néstor Amorós Cipriano



Como que todos hablamos y conversamos. ¿Oste no? O conversamos y hablamos. O... si hablamos, hablamos y si hablar, conversamos. Si con la misma oración. Bueno, por lo menos así lo escribió Adorno, hace tanto que hablamos y conversamos que hasta surtieron a propósito de estas consideraciones, y sin embargo así lo es. El profesor escritor y conferenciante Néstor Amorós Cipriano, de muestra con lo:

El autor de innumerables obras ("El uso de la cosa", "Estudios de gramática y lenguaje", "Pensamientos", "Siguientes razones psicológicas de la literatura", "Gramática y poética"), "La humanidad del expediente judicial", etc., etc.), se distingue en sus propios métodos, procedimientos y técnicas y esgrime —al fin por citar a una pocas— por Amos Marimón Páez o Gregorio de Mariflor, Enrique Barón o César Adorno, se sirve a manera de las palabras como las especies de animales los dos con todos.

"Hablar y conversar" algo más que un artículo. Un gran.

Aunque frecuentemente se identifiquen, no existe igualdad entre hablar y conversar. Hay una gradación de conceptos que parte de la mera emisión de la voz hasta el empleo de palabras con significado sustancial. Pero, a los efectos del presente trabajo, nos interesan las raíces íntimas con que se distinguen hablar y conversar.

El "primer acto conversativo del hombre" es la palabra. Dice Miguel Herrera Figueroa que "el lenguaje es el aspecto fundamental de toda intercomunicación humana". En sí misma la significación a su nivel trascendente. En otro trabajo sobre lingüística, afirmamos que el ser humano vive en "estado de palabra". Cada uno es, quizá, más palabra que cuerpo físico. Transite con ella. Se realice con ella. Se recordado por ella.

En el caso de la comunicación, hablar —lo repetitivo— no es lo mismo que conversar. Hablar se acotó más a la transmisión de impresiones. Conversar significa, en cambio, establecer una relación de sujetos, de consciencias, con la sustentación de una base más reflexiva, al Acordamos a la totalidad de los ejemplos: al comparar un objeto, al manifestar en silencio, al hacer una simple indicación o reconocimiento y tantas otras que se realizan en la vida cotidiana, en general más de habla.

Cuando surge un "mensaje expresivo" la necesidad de apelar a la opinión, se convierte. Es posible hablar durante un tiempo más o menos considerado sin alcanzar el nivel de la conversación. Ello, por supuesto, no determina que desde ese instante se juzgue en forma permanente. Puede, no obstante, producirse una pesada comunicativa. Resulta, así, interesante, porque se produce la una pesada comunicativa. Resulta, así, interesante, porque se produce la una pesada comunicativa. Resulta, así, interesante, porque se produce la una pesada comunicativa.

En la conversación, un interlocutor expresa su decir e invita a otro y éste a expresar su decir. Se produce un intercambio: trabajo de uno y otro a expresar su decir. Se produce un intercambio: trabajo de uno y otro a expresar su decir. Se produce un intercambio: trabajo de uno y otro a expresar su decir.

En el hablar se advierte menos la intensidad conceptual. Hay una relación con circunstancias o situaciones que no tiene un mayor desarrollo. Las palabras no portan juicios tan definidos. Existe más relación que en otros.

Hablar se conecta más con la simultaneidad expresiva, en la que las impresiones o los procesos no se profundizan tanto. Es un primer paso de la conciencia necesaria comunicativa. Hay un decir menos reflexivo, casi —se podría afirmar— más mecánico. El "impulso de la palabra", al que se refiere también Auerbach, muestra mayor interacción en el hablar. El "impulso de la palabra" constituye a una frecuencia inapreciable. A veces, surge en forma constante, se pasa de un tema a otro, incluso a los más dispares. El hablante expresa, manifiesta un interés demasiado las posibilidades de las conversaciones.

En la conversación, prevalece el orden. O mejor: no hay convergencia sin orden. Porque supone un plan, aunque mínimo. Aclaramos, en la conversación, también existen las improvisaciones, por supuesto. Pero, una vez surgida una verdadera conversación, ella misma se orienta hacia un plan, o camino, o método, que permitirán la gradual expresión de los juicios. El orden hace en dos formas: interna, para conservar las reflexiones que luego se manifestarán; externa, definido por el decir coordinado de cada uno de los interlocutores. No se trata de precisar una conversación ni la, de rigidez conceptual, carencia de los estímulos naturales que la palabra supone. Simplemente se procura fijar algunas directrices que, sin quitar espontaneidad, mantengan la existencia de una real conversación. El grado reflexivo, el orden de los exponentes, el saber escuchar, son exigencias mínimas que pueden diferenciarse —y se diferencian— según las circunstancias. Sin apartarse del "valor de la palabra".

Hablar y conversar presentan una similitud, respectivamente con oír y escuchar. Si bien a estos últimos conceptos se los considera en muchos casos como equivalentes, escuchar se conecta en forma más íntima con la atención que se dedica a un tema. Como tal lo recuerda el caso Luis Coloma —poco antes de ser designado académico de la lengua— expresó: "Cuando sólo oía, hablaba mucho. Con los

otros aprendí a escuchar y ahora calló y converso". Naturalmente habría que referir a las "circunstancias de conversas y a las de callar". Una vez dijo Châtelet: "Por hablar tanto, perdí la fuerza de escuchar". Con todo esto se relaciona el pensamiento de Roberto Guedes: "Los buenos ejemplos de las palabras no es solamente una ayuda, constituyen una necesidad".

La conversación, en su sentido específico (con las notas que le corresponden al hablar), es un camino trascendente de la palabra. El hombre está siempre frente a un sistema potencial de posibilidades expresivas que dan sustento a la comunicación.

Todo lo expresado —la retórica— de ninguna manera significa ignorar o disminuir la importancia de las voces. Simplemente, pretende preservar el valor de la conversación, en la que la palabra —esencia del ser humano— intensifica la segunda misión comunicativa.

NESTOR AMBLICAR CIPRIANO



"Es necesario que los niveles de comunicación, las actitudes verbales, actitudinales y religiosas, aprendidas que necesariamente se forman en una preparación para la educación de nuestros niños".